sar el nido de águila, el feudal torreon de los condes de Andrade. Retrocediendo encontramos á Montefaro, la boca de la ría de Ferrol, el monte Ventoso, y la cordillera que se extiende y desvanece hasta hundirse en el mar con el nombre de cabo Prioriño, sin que la mirada se detenga hasta llegar al cabo Prioiro. Todo esto comprende la faja del Norte: la del Este y Sur la componen las austeras montañas de Orro, Morás y Loureda, que rematan al Oeste en el Castro á cuyos piés descansa la *Cuna*.

V

La Pastoriza.

Muy frecuentes son en la historia religiosa los casos de revelaciones importantísimas hechas á la gente más rústica y humilde, como si Dios se complaciese en conferir sus secretos con los pobres de espíritu, los limpios de corazón, los ignorantes de toda malicia y corrupción mundana. Unos pastores fueron los primeros á saber, por boca de los ángeles, el suceso más grande que vieron los siglos, el nacimiento del Salvador en las pajas del pesebre; una pastorcilla, Juana de Arco, la que oyó voces celestiales que le ordenaban salvar á su patria del yugo extranjero; un pastor de la sierra, quien puso al ejército cristiano en camino del triunfo de las Navas; unos pastores vieron iluminados los picos de Monserrat, al descubrirse la cueva de la *Moreneta*.

De la imagen escondida en el hueco llamado *Cuna de la Virgen* debía de existir en el país vaga tradición, pues en las veladas invernales y en las fiestas veraniegas, los villanos, los pescadores y los pastores hablaban entre sí, y muy misteriosamente, de cierta estrella que, no bien se ponía el sol, empezaba á brillar con trémula luz sobre el Castro, y cuyo reflejo—apagado entonces el de la torre herculina—servía de guía á los navegantes y á los viajeros extraviados por las agrestes veredas de aquel país inculto y hórrido. Que no sería la Galicia de entonces tan amena, risueña y transitable como la de ahora, á juzgar por las grandes dificultades que hallaron las huestes de Almanzor para vadear los ríos, cruzar las montañas galáicas, y salir de los pantanos, y el destrozo que á la retirada hicieron en los árabes los cuerpos francos—así pueden llamarse—de flecheros gallegos, protegidos por lo escabroso del terreno y lo agrio de las veredas. Y algo dan á entender acerca de la Galicia de aquellos siglos los nombres de *Osera, Osedo* y *Oseiro,* que aun conservan determinados lugares, verbigracia, la parroquia de San Tirso, hoy anejo de Pastoriza. En los riscos y en los pinares del monte habitarían el oso y el

lobo, mientras en la falda apacentaría su grey la *pastoriza*, la niña inocente y medio salvaje á quien, según dice la escritura del siglo XVII, se apareció una estrella sobre la *Cuna de la Virgen*, impulsándola á señalar el prodigio á los habitantes de la comarca, para que alzasen la losa y encontrasen allí intacta la antigua imagen de Rechiario.

Mil veces por los campos de mi tierra veo cruzar un grupo qué mueve á compasión, sin carecer de cierta gracia y poesía rústica. Lo compone una niña que no suele pasar de ocho años, llevando arrollada á la muñeca gruesa soga con que sujeta una vaca ó un becerro inquieto y bravo. La criatura se para, fija en mi sus ojos atónitos, y la res alza la cabeza y cesa de mordiscar hierba en la linde. Así me represento á la *pastoriza* que dió su nombre actual al famoso Santuario coruñés.

VI

El milagro del Draque.

Triste fecha para el poderío marítimo de España es la del año 1588, en que las olas, los elementos conjurados, la impericia del Almirante y las iras de la suerte, que ya empezaba á volvernos la espalda, aniquilaron la magnífica armada que con orgullo se apellidó la *Invencible.* Aquella funesta guerra naval no era solamente el combate de dos pueblos rivales disputándose la soberanía del Océano, sinó mas bien la lucha de dos religiones, ó mejor dicho, de la herejía contra la ortodoxia, de Isabel Tudor, representante de los intereses de la reforma luterana, con Felipe II, en quién se encarnaba el espíritu de unidad católica que distinguió á la raza íbera. Envalentonados por el gran desastre de nuestra escuadra, los navíos ingleses se dieron á hostilizar y saquear

más que nunca las costas de España y del Nuevo Mundo, y se distinguió en las depredaciones y piraterías el famoso corsario Francisco Drake, cuyo nombre todavía no ha olvidado el pueblo, que lo pronuncia con resíduos del antiguo terror, como si recordase que significa *dragón* y que lo llevó el más encarnizado aborrecedor de España y de la fe católica.

Este afortunado y resuelto pirata, elevado por su reina á la categoría de almirante, mandaba la flota que en Mayo de 1589 embistió contra la Coruña, plaza fuerte y puerto de los más importantes de la monarquía hispana. Despertóse la ciudad con sobresalto á la luz de las fogatas encendidas por la atalaya del cabo Prioiro, tan grandes, que proclamaban á voces la fuerza y número del enemigo que á velas desplegadas se venía encima, favorecido por el fresco Nordeste. Orgullosa navegaba la flota de Drake, pero determinada y serena se pertrechaba y disponía la ciudad, recogiéndose á sus banderas la gente armada, y embarcando en las galeras, restos de la *Invencible*, los capitanes de las fuerzas de mar, entre los cuales se contaba mi ascendiente don Diego de Bazán, de quien me será lícito decir que en todo el cerco se portó como honrado y valiente, sin

que nadie pueda alabarse de hacerlo mejor que él. Verdad que en el asedio de la Coruña no se sabe que alguno faltase á su deber, porque así la guarnición como el vecindario y gente humilde, gremios de mareantes y artesanos, mujeres y niños pequeños, estuvieron á la defensa y ejecutaron proezas insignes, hasta obligar á la formidable escuadra inglesa y sus aguerridas tropas de desembarco á levantar el cerco y darse otra vez á la mar, llevándose en vez del triunfo deseado el corrimiento y afrenta de una derrota.

Pero antes de retirarse defraudados y vencidos, los herejes quisieron dejar triste memoria de sí, haciendo el mayor daño posible. Vano les salió el intento de pegar fuego á la ciudad arrimando palos untados de alquitrán y encendidos á los voladizos de las casas que caían á la muralla de la Estrada; y despechados de la resistencia heróica que se lo estorbó dos veces, no sólo se desquitaron abrasando los molinos de viento, sinó que se ensañaron en reducir á cenizas el monasterio de Santo Domingo, el barrio y parroquia de Santo Tomás, y todo el arrabal de la Pescadería, del cual se habían hecho dueños. Ni bastó el incendio para saciar su ira. Los soldados de Drake tenían cuentas

que ajustar con los pueblos católicos, y antes de aplicar la estopa embreada á las casas y á los templos, entraban en aquéllas á saco, rompiendo y destrozando lo que no podían llevarse como botín, y profanaban estos con orgías y danzas, revistiéndose de los ornatos, bebiendo en los cálices, y divirtiéndose en mutilar y pisotear las imágenes, objeto de su mayor mofa y odio.

Entonces ocurrió el hecho cuya tradición conmemora un lienzo existente en la iglesia de Pastoriza con las siguientes palabras:

«Cuando el Draque vino á sitiar á la Coruña en el año de 1589, unos soldados herejes sacaron la Santa Imagen de la iglesia y la arrojaron allí cerca de la fuente y le rompieron de un hachazo la cabeza, dividiéndola del pescuezo; mas luego, milagrosamente, se volvió á colocar y unir como estaba de antes.»

Añade la tradición que la soldadesca, espantada del prodigio, huyó sin robar, ni incendiar ni hacer daño alguno en Pastoriza.

VII

La Imagen antes y ahora.

Merece alabanzas el buen capitán don Juan del Río por el celo y piedad con que se ocupó en transformar y reconstruir la iglesia de Pastoriza, dejándola ancha, cómoda y revestida de toda la solidez necesaria para desafiar el curso del tiempo; pero no elogiaré tan á boca llena al bienhechor del Santuario, si me pongo á considerar las modificaciones que introdujo en la efigie de la Virgen, á fin de que quedase «con mayor perfección y según están las imágenes de estos tiempos.»[1]

¡Desafuero que la buena intención disculpa pero no compensa; destrozo cruel de una reliquia sagrada de antiguas edades y gentes! Nuestro siglo, tan demoledor en el terreno intelectual y moral, tiene el buen tino de conservar con respeto religioso los objetos

materiales donde permanece el sello de una época que ya pasó, las prendas de alguna importancia arqueológica. ¿Quién sería hoy el vándalo que se atreviese á poner su mano profana en una madona bizantina, anterior á la invasión de los árabes? Aunque no estuviesen unidas á esa imagen sagradas reminiscencias, altos recuerdos históricos, nadie osaría cometer semejante sacrilegio. Pues eso que en el día no hiciera el más descreido, bastándole para no hacerlo un ligerísimo baño de lo que se entiende por *cultura general*, hízolo á fines del siglo XVII un devoto, sin el menor reparo, sin que le temblasen las carnes al tocar á la Virgen de los reyes suevos, á la Virgen de los primeros siglos del Cristianismo!

Para excusar á don Juan del Río de su involuntaria é inconsciente atrocidad, tengamos en cuenta que aquella era la ocasión en que pesaban ya de lleno sobre nosotros las tinieblas de la decadencia, á la vez política, literaria y artística, y nos ahogaba el mal gusto invasor y triunfante; de manera que el ciudadano coruñés no hacía sinó ceder al influjo de las ideas dominantes en sus contemporáneos, que ya andaban empeñados en vestir con galas barrocas la vieja efigie de madera. Así consta de otra

escritura otorgada por el mismo don Juan del Río en 1692, en la cual puede leerse la extraña variación y metamórfosis que sufrió la veneranda imagen. Dice así:

«Y porque la imagen principal de Nuestra Señora de Pastoriza, patrona de dicha iglesia, que está en el altar de la capilla mayor de ella, era de talla, de fábrica *muy antigua*, sentada en una silla toda de una pieza, cuyos brazos de la silla llegaban á la cintura, que aunque estaba pintada y podía excusar vestidos por no haber sido hecha para ellos, la devoción de los fieles pasó á ponérselos, y los brazos de la silla que llegaban á la cintura y sobresalían no permitían que los vestidos ajustasen bien al talle y ocasionaban algun desaliño, y también por estar sentada la imagen parecía algo baja con la ropa, y para que quedase con más perfección y según están las imágenes de estos tiempos, el otorgante le deshizo los brazos de la silla, y de la cintura abajo le puso é ingirió un ropaje de madera con tres serafines debajo de los piés que pintó de nuevo, con que vino á quedar la imagen en postura de á pie como ahora se usa, y más alta de lo que era cosa de una tercia, y el talle segun arte, de manera que ahora se viste con toda perfección y sin dificultad alguna, como se ha reconocido en los vestidos que le hizo de nuevo dicho don Juan del Río.»

Satisfecho y descansado debió quedar el de-

voto capitán cuando vió á Nuestra Señora con el talle según arte, y pudiendo vestirse con toda perfección y sin dificultad alguna, á guisa de muñeca. Justo es decir que el ropaje de madera ingerido á la imagen por don Juan del Río, y que ocultan los vestidos, es una obra delicada, donde no se sabe si admirar más la finura del estofado ó la delicadeza y gracia del diseño, que realzan lindas cabecitas de ángeles. Lo que hace al caso ahora es lamentar que en Nuestra Señora de Pastoriza que conocemos no quede de la Virgen primitiva sinó algún trozo de leño en la armazón del cuerpo, pues la cabeza, cuya leyenda referiré, es moderna, como también las manos, el Niño, el rostrillo y la corona.

En su estado presente, y dentro del período á que corresponde, la imagen no carece de mérito y belleza. La faz—atribuida al célebre escultor gallego Ferreiro—tiene una dulce expresión de alegría, bondad y ternura. La rodea un rostrillo de estilo plateresco y escaso valor; una corona de plata filigranada no muy rica, aunque si bastante alta y rematando en una cruz, da cima al artificio hierático de la cabeza. Por los hombros le flota una toca de tul; cúbrele las espaldas largo manto carmesí, que

desciende hasta mucho más abajo de la peana, y cuyo extremo, que sale por entre los hierros de una reja, besan incesantemente los devotos. El traje que viste á diario es túnica blanca, de manga perdida, sembrada de estrellas. En la derecha sostiene un ramo de flores; con la izquierda el Niño, el cual eleva la diestra para bendecir. Dos angelotes de talla soportan la peana, no en hombros como las cariátides, sinó alzando los bracitos en estudiada y acompasada actitud.

¡Quién pudiera restituir á su pristina forma la imagen, sentarla otra vez en su silla, y verla como la vieron los ojos piadosos de la cándida *Pastoriza* y las furibundas pupilas de la herética soldadesca del *Dragón!*